

"LA CASA DE LAS DOS PALMAS"

Una Entrevista con el Maestro Manuel Mejía Vallejo

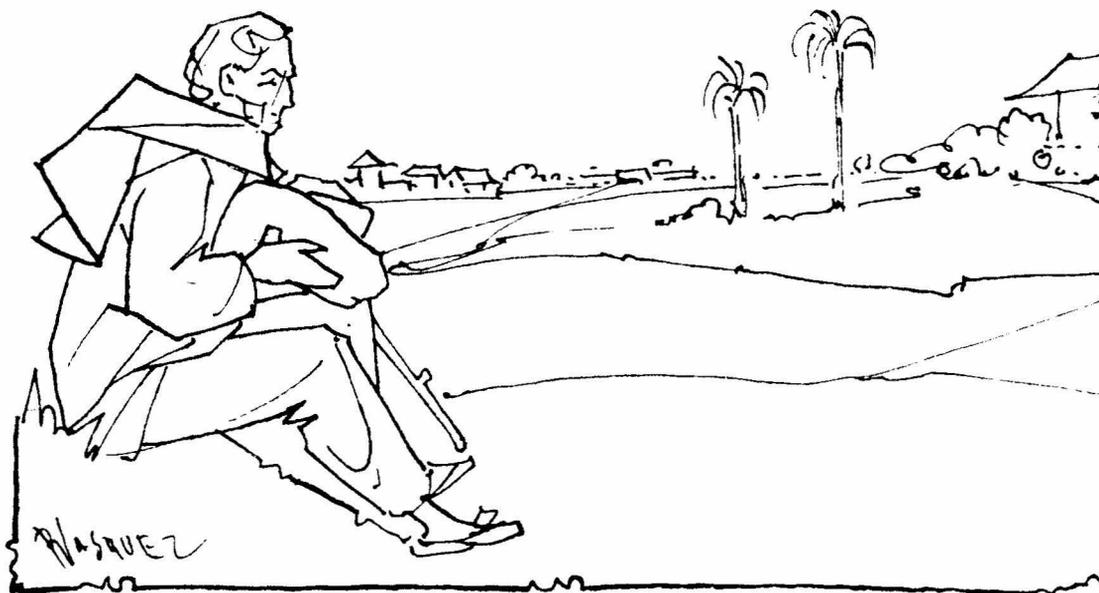
(Tomado de: "Una tertulia para la literatura" de Radio Bolivariana)

PREGUNTA:

Enfrentarse a la lectura de "La Casa de las Dos Palmas" es, en mi opinión, entrar todo un reino mágico. Es una novela que recrea la vida, una vida que quizás para muchos de sus lectores puede ser desconocida: La vida de los forjadores, la de aquellos hombres que fueron a la guerra, que tumbaron monte para abrir sus fincas: Pero es además la vida del amor, la de las pasiones, la vida en que unos personajes aprenden a enfrentar su propio destino. Además es una

novela llena de unos caracteres que se salen de cualquier marco cotidiano: Hay una hermosa mujer ciega que aprende a conocer el mundo con las manos; un maestro tallador; un padre de familia que sufre con la tragedia de su hija, una hija aparentemente abandonada en la casa del río ... en fin una serie de personajes increíbles, de una fuerza, de una vitalidad verdaderamente avasalladora. Yo quisiera preguntarle a Manuel cómo nació esta novela, cómo nacieron estos personajes, si estuvieron desde siempre en su corazón.

M.M.V.: Bueno, hace muchos años pensé en escribir una tetralogía, que sería: Primero "Aire de tango", luego "Aire de Bambuco", luego "Aire de Cumbia", por fin "Aire de Ausencia".



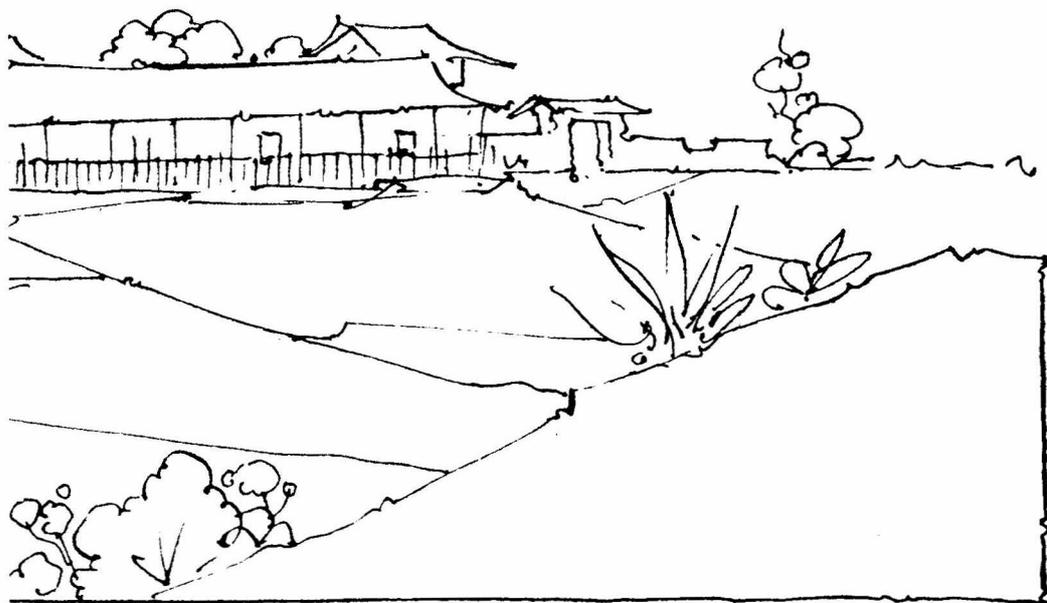
Como se me perdieron los originales, eso fue muy conocido en el país, porque hasta en televisión, en la prensa, en Bogotá ... Aquí los sacerdotes del oriente antioqueño (de Rionegro, de la Ceja, del Retiro) ofrecían absolución al que se robó el maletín con mis cosas, y le pagaban rescate ... Nunca aparecieron esos originales, y yo únicamente rescaté, en cierta forma, "Tarde de Verano", que lo rehice, y "Aire de Tango"; pero estuve ocho meses casi que llorando, silenciado por esa pérdida irreparable.

Entonces ya se me fue a pique el proyecto de la tetralogía, pero quedaron las Ideas de la novela "Aire de Bambuco", que es ya "Tarde de Verano"; "Aire de Ausencia", que sería esta obra. "El Aire de Cumbia" nunca lo empecé siquiera, tomé notas nada más, y la otra parte que pienso serían "Los Invocados", cuando el autor, testigo después de muchos años, ya desaparecida la gente, vuelve a la Casa de las Dos Palmas y vuelve a la Casa de las Cadenas y mediante las pinturas que hizo Medardo, uno de los protagonistas, (entonces, él

invita a una gran cena) y de los cuadros van saliendo todos los personajes que le acentúan el remordimiento a este Medardo alcohólico, y en esa gran cena cuenta lo que pasó después del fin de esta obra, La Casa de las Dos Palmas. Tenía la necesidad de escribirla. Yo me despoje de muchos fantasmas con ella.

P.: Hablando de esos fantasmas Manuel, y relacionando con lo que usted nos decía antes de comenzar (la grabación del programa), usted afirmaba que había sufrido mucho con la novela. Cuéntenos de ese sufrimiento. Un sufrimiento lleno de dicha ?

M.M.V.: Si, a mí me pasa eso desde que comencé a escribir en el año 1942. Recuerdo que mi mamá me encontraba a veces llorando, y me decía "¿qué te pasa mijo?" "mamá, gripa. Me tiene fregado esto". Y era que yo estaba escribiendo el capítulo tercero de "La Tierra Eramos Nosotros", donde mediante las palabras invocaba el tiempo y los personajes, los animales: La gitana, el gavián, peligro: Los



perros que me acompañaron a las Giras al monte en las fugas por las mangas del suroeste antioqueño, en Jardín. Entonces yo me desdoblaba, demasiado, y pensaba que estaba dando mucho de mí mismo y que no tenía interés para que otros lo conocieran, pero era tan fiera la urgencia de sacar de mí el niño que fui un tiempo, que seguía escribiendo, muchas veces llorando. Inclusive, más tarde, una vez fue Gonzalo Arango (yo le estaba publicando su primer libro en la imprenta departamental, que por cierto, costó un debate en la Asamblea y cartas de la Curia y casi que maldiciones ¡una obra zanahoria como ésta! demasiado ingenua, inclusive) y también me encontré llorando. Yo estaba escribiendo otro libro "El Día Señalado", un capítulo referente al padre. Yo me identificaba con mi padre: Yo era mi padre mismo, era el padre mío, mi madre, la tierra que yo describía, era la casa, los barrotes, las piedras del jardín, las matas que cultivaba mi madre ... yo tenía que llorar pero, entonces yo desconfiaba mucho, porque las cosas con llanto pueden aparecer muy sensibles. Me salvó tal vez un poco que la pena antigua ya había madurado dentro de mí, porque Proust decía una cosa que para mí es un evangelio, decía que el escritor tenía que haber sentido y pasado por el trance lírico, pero pobre diablo del escritor que escriba bajo el influjo inmediato de la pena.

P.: Será por eso, Manuel, que un personaje tan absoluto como lo es Zoraida, un personaje lleno de orgullo, de dignidad, y al mismo tiempo de verdad, es un personaje tan completo porque usted lo depuró durante años y años.

M.M.V.: Sí, yo creo que sí: La eterna frase, tan manida ya, de Flaubert de que "Madame Bovary soy yo". Creo que eso le ocurre a todos los personajes. Yo cuando escribía mis obras más conocidas, "Aire de Tango", "El Día Señalado", "Las Noches de la Vigilia", esta misma, "La Casa de las Dos Palmas", me hacía esa reflexión: ¿hasta qué punto el sacerdote no era yo mismo en caso de haber tenido la oportunidad de ordenarme; si la prostituta no era yo mismo al tratar de poner los impactos morales de su profesión frente a unas costumbres cerradas, moralistas; si yo no era el vengador que iba con el hacha en la mano; el sepulturero, para ir a la muerte de su hijo, a la violación de su señora; si yo no sigo siendo Efraín Herreros y Medardo el alcohólico; si yo no soy en alguna forma Zoraida, la ciega. Yo

sigo viendo, pero yo ensayaba en la finca, algunas veces, unas pequeñas prácticas vespertinas de ceguera. Y ser un poco hazmerreír para mis pequeñas niñas, porque me vieron caer y yo con la voluntad de no cerrar los ojos tropezaba frecuentemente dentro de la casa aunque la conocía, pero yo buscaba el ángulo menos conocido, menos sabido y siempre me tropezaba, me aporriaba, y ¡que desesperación! yo metí un grito en la noche caminando por allá con los ojos cerrados, bajo el cielo lleno de estrellas, pero yo quería la oscuridad absoluta, y el "cómo pensaban" las que viven en una noche permanente, como Zoraida. Pero, sobre todo, no quería el tono lastimero, no quería el tono sensiblero, sino una gran dignidad en su defecto físico, en sus carencias, una gran dignidad en el amor, en el olvido, en la nostalgia. A mí me da rabia de ciertas mujeres endebles que pintan algunos novelistas, de ciertos caracteres de sacerdotes blandengues, yo creo que un sacerdote es tan importante como un general y tan importante como un santo, creo que hay que darles la calidad de la vida que ellos merecen, y trato de trascenderlos y meterme en ellos al punto de que no los vulnere, de que no los ponga como un muñeco obediente a un capricho mío, sino que cuando pinto un viejo, yo soy viejo, cuando pinto un muerto, yo muero un poco, cuando describo una mesa o una silla, yo me sillifico o me hago mesa también. Entonces, tratar de ser leales, de ser fieles a algo que tiene su alma a partir de la que uno cree que tiene.

P.: Hay dos elementos que se insinúan con mucha frecuencia en la obra y que le dan una gran carga poética precisamente por eso mismo, porque están insinuados: Son los espejos, a los cuales usted alude con tanta frecuencia, y las artes negras de Zoraida, la magia: Zoraida era un poco bruja, me parece a mí.

M.M.V.: Sí, yo creo. Bruja en cuanto se había metido tanto dentro de sí misma, que era capaz de ver otras cosas, en los espejos, en ella misma.

A mí me parece que los espejos tienen una magia tremenda, y también, como me ocurrió con la ceguera, no pude encontrar en Colombia una bibliografía de los espejos, ni una bibliografía de la ceguera aún con la que los médicos me prestaron, pero eran cosas quirúrgicas, científicas, que no me insinúan a

mí el por qué del vivir en un ciego, que nació con la vista sana. Los espejos siempre tienen algo de magia uno se mira y yo me miro a veces. Como me afeitó con máquina eléctrica y sin usar espejo, e inclusive, cuando usaba cuchillas, no usaba el espejo porque me daba tristeza del ser que había frente y yo lo veía todos los días como el mismo: La monotonía, la rutina boba de un rostro aparentemente cansado o aparentemente jubiloso sin mucha razón para estar jubiloso, y tenía una desconianza a mi propio rostro y de pronto lo describía al pintarlo ante un espejo, al describirme yo mismo en prólogos de algunas obras mías, encontraba una gran desolación y una magia. El espejo roba en algo la imagen que marca y yo estoy seguro de que guardan en una especie de memoria cristalizada, congelada, todos los rostros de un día, asimilados por ellos, y en todas las casas, los cuartos ... creo que si las cortinas que se movían con el viento en alguna forma, en los espejos esta magia de todas las presencias antiguas.

P.: Esta obra, donde ha hecho un canto a la vida, se respira. A través de ese libro uno ve los lugares, se los imagina. "La Casa de las Dos Palmas" lo hace a uno recordar de "Deseo Bajo los Olmos", Balandú nos lleva a Macondo. Don Mariano a mí me impresionó con esa personalidad que tenía; ¿qué relación tiene ese don Mariano con algo de tu vida, o Zoraida?

M.M.V.: Sí, don Mariano en realidad era don Rafael Restrepo, que fue alcalde en varias ocasiones en Jardín. Yo quise mucho a la familia, era muy amiga de la familia nuestra. Mi padre, mi madre eran los de ellas y de ellos; Enrique Restrepo, Blanca, Amelia, Laura, etc. Sí, están oyendo un pequeño homenaje a un hombre que a mí me impresionó, era alcalde y nadie sabía que estaba ciego. Un día me lo encontré en la calle. Yo llegaba después de dos años de no ir a Jardín y él estaba junto a la alcaldía, estaba llegando con su bastón: El medía exactamente los pasos entre acera y acera. En las calles él conocía por la voz, a las personas y él me reconoció. Al principio dudó cuando le dije: "Don Rafael, cómo le va, mi mamá tal cosa ..." y evidentemente ya descubrió que era yo, entonces descubrí que estaba ciego. Lo que pinto es verdad. Yo creo que toda limitación tiene una inmensa dignidad y yo sé que si me quitaran un pie una mano, yo sería un mutilado, pero trataría de

conservar la dignidad en todo sentido. Si yo quedara ciego, también consideraría la posibilidad de ser un limitado, pero lleno de dignidad humana, porque esta gente es tan grande y a veces las limitaciones engrandecen otras posibilidades dentro de ellos, y los sentidos como el oído, como el tacto, en los ciegos, se aumentan, y nos ganan totalmente en esto.

P.: Ese capítulo que tiene sobre los sentidos es bellissimo, y no solamente eso, Manuel, sino que tu, su ceguera al final de vivir y de defenderse ya se olvidan que son ciegos, los que he visto varias veces en el libro. Eso es impresionante.

M.M.V.: Sí, yo creo que sí, porque además tenía una voz (Zoraida) que era ronca, una voz entrañable ¿no?, que cantaba el bambuco, una manera original de declr. Esas letras con nuestros compositores antioqueños, generalmente, o bogotanos o colombianos en general, como el bambuco, con el valsecto, con el pasillo ... esas letras de nuestros poetas menores. Yo precisamente ahora que soy dizque académico, creo que el discurso lo voy a escribir sobre la importancia que ha tenido en la cultura colombiana los llamados poetas menores, los poetas populares, aquellos que no son León de Greiff, ni Valencia, ni Maya, ni Aurelio Arturo, ni Ciro Mendía, sino los poetas pequeños, aquellos que cantaron cosas como "te ví cultivando rosas un día primaveral" de León Zafir. Alguna vez hablando con Borges aquí en Medellín me dijo: "Yo sé bambucos colombianos" y yo no le creía y cantó esto, de letra de León Zafir y música de Vieco, que le encantaba, porque un sobrino de Borges vivió en Colombia y estuvo en Medellín y aprendió a tocar bambuco, que es muy difícil de tocar. Yo he hablado con muchos músicos, pianistas y guitarristas, y no dan con el bambuco. Aquí estuvimos con Serrat (¿cómo es que se llama el otro? ... bueno con muchos músicos españoles) y les daba mucha dificultad tocar el bambuco, en cuanto mi mujer, que toca guitarra y canta, trataba de enseñarles a ellos: Es muy difícil el bambuco, porque contra ellos hay ciertas normas de la música. Bueno, volviendo al tema, una ciega que tenga la manera de comunicarse por la voz, por el amor, por el sentimiento, por un recogimiento de la timidez, pero con una audacia, que es capaz de vencer todas las dificultades y ante todo con la dignidad humana. Yo rei-

tero eso, la dignidad en las mujeres, en los niños, en los aparentemente caídos. Yo creo que hay que conservarla, porque es un canto al ser humano.

P.: Hablemos Manuel de los personajes de la realidad que trae en la novela, o sea, nos habló del alcalde de Jardín, pero hay otros personajes igualmente de nuestra realidad. Recuerde la novela, Cuarenta Años de Historia.

M.M.V.: Sí, en algunos capítulos aparecen personajes de obras anteriores y que fueron protagonistas en la vida social, la vida común cotidiana en Jardín. Jardín es suroeste, es Balandú, aunque yo nací en Jericó, pues yo tengo dos pueblos como míos, y como mi infancia transcurrió en Jardín pues pinto las cosas de mi infancia, los personajes que yo conocí en Jardín. En mi obra todos ellos aparecen. Yo tuve una vez un proyecto muy ambicioso, que tuve que abandonar; yo como soy dibujante, estudié en Bellas Artes (mi profesión sería la de dibujante y la de escultor), dibujé la plaza de Jardín y con las cosas y los nombres de los habitantes, casi todos de diez para arriba, y pensaba escribir la historia del pueblo. Después dije, "Bueno, por lo menos la historia de la plaza del pueblo", pero entendí que en una sola casa había historia para contar diez o más novelas, entonces renuncié a ese proyecto ambicioso y tonto, porque si no hubiera sido una crónica periodística y yo soy periodista, esa es mi profesión: No, pero entonces renuncié. En parte quedó esa "**La Casa de las Dos Palmas**", una de las casas en la finca y el balcón, "**La Casa del Balcón**" en Balandú que es una de las casas que figura como protagonista, porque son tan importantes los objetos: Una silla tan importante como quien se sentó en ella a morir y a recordar; una mesa es tan importante como quien se sentó en ella a morir y a recordar; una mesa es tan importante como las personas que estuvieron ahí charlando después de la cena de las comidas. Entonces yo me reduje simplemente a dos casos de tantos que conocí y a la historia de una familia, de esa gente loca, maravillosa a su manera. Alguna vez hablando con Fernando Ferrer y con varios amigos críticos, me decían que yo estaba encartado para contar tantas historias tan dramáticas sin que pareciera exagerada la cosa y en verdad yo, al trasplantar a la novela esas tragedias que vivieron mis días (una de ellas, la de Anita, mi

madrina, tuve que mermarle mucho volumen a la tragedia para hacerla creíble porque era tan absurda, tan imposible en la vida real), decía que la fantasía es una mínima parte de lo que nos muestra la vida real, u otra cosa que decía Rulfo "No hay que tener mucha imaginación para pintar la realidad", y mi problema fue ese: Al verme frente a unos personajes míticos o a mi familia, algunos los conocí. Por ejemplo, cuento un detalle, yo no lo conté porque parecía exagerado: uno de los personajes que está aquí en "**La Casa de las Dos Palmas**" se fue para Bogotá, pelió con mi tía, y elevado como estaba, abstraído, lo cogió un tranvía y le cortó el pie derecho. El tipo lo que hizo fue coger el pie con la bota y tirárselo al tranvía y le rompió un vidrio, muerto de rabia. Esa es una. Entonces, ¿cómo pone uno esas cosas? dirán que está uno inventando y eso es cierto y muchas otras cosas que yo insinúo ahí.

P.: Manuel, hay un personaje que es importante en la novela, y es Efrén Herreros, porque en él se puede identificar posiblemente el patriarca antioqueño, el padre de todas las épocas. Efrén es una persona que impacta por su gran personalidad, porque es el consejero permanente de los otros personajes, porque es el enamorado, porque es el negociante, el abridor de fincas, porque tiene una muerte muy digna, también como la muerte de don Mariano. Yo quisiera, Manuel, se ser posible, que centráramos un poco en el trabajo sobre Efrén Herreros.

M.M.V.: Bueno, en realidad Efrén Herreros es en mucha parte mi abuelo: lo que yo insinúo en la primera novela, "**La Tierra Eramos Nosotros**", que eran colonizadores (a veces me decía Hernán Merino, en Bogotá y Elvia Restrepo: ¡No, cuales fundadores y descubridores de cosas! eran pobladores mas que colonizadores). Hubo muchas aventuras en ellos; yo no tengo ninguna conducta moral que asignarles: Los tomo como fueron y trato de situarme en el sitio, en la fecha en que actuaron, donde era posible esa cosa y donde era normal. No los defiendo, simplemente yo pinto la cosa como un cronista, como un historiador de cosas novelables. Efrén Herreros es en parte mi abuelo don Manuel María Mejía Vallejo, se llamaba, lo mismo que yo. (Mis abuelos eran primos hermanos y mis padres eran primos segundos). Manuel Mejía Vallejo, del Retiro, es un tío mio que era magistrado acá, a quien

adjudicaron los chismosos cuando publiqué "La Tierra eramos Nosotros" que era el autor de esa obra, porque yo estaba muy joven para haberla escrito, y también a mi padre. Yo mismo me siento en gran parte como Herreros: Creo que es una conducta moral que debería seguirles, ese aspecto entrañable frente a la tierra. Yo volvía a la tierra. Yo viví en una finca que se parece por su clima y su aspecto exterior a la que yo tuve cuando niño, la que yo canto en "La Tierra eramos Nosotros", con sus espantos, con sus fantasmas vibrantes, cada año por lo menos, o en los primeros viernes en la noche, con los tesoros ocultos, con las guacas indígenas, con los fuegos fatuos y las voces del más allá, de los tipos que estaban como alma en pena vagando eternamente esperando una oración para sacarlos de allá, y que alguien encontrara el entierro.

Una persona no es ella misma: Una persona es muchas personas a la vez, muchas ¿no? es como pensar que la vida es toda la vida. No, la vida son momentos. Uno como novelista tiene, para pintar la vida, que reducirse a algunos momentos claves de esa vida, que digan lo que es ella, lo que es el amor, lo que es la nostalgia, lo que es el odio, lo que es la pasión desbordada, lo que es la tristeza, lo que es la angustia ... todas las pasiones grandes y pequeñas que tienden a modificar o conformar la vida de los personajes. Uno tiene que ir muy atento. Por eso yo creo mucho en lo que decía Balzac a fin de cuentas el genio no es más que una larga paciencia; la disciplina, la paciencia, la paciencia que se requiere para escribir una novela son infinitas, y yo no aconsejo nunca a la gente a que se meta de verdad a ser novelista, porque es un endosarse a las cosas misteriosas, al más allá, a la muerte, a lo quedado atrás, a lo definitivamente perdido, con una pequeña esperanza de salvación, en un pacto final con los demonios que nos asechan siempre. No, yo no aconsejaría que escribieran novelas.

Yo quisiera a propósito de "La Casa de las Dos Palmas" recordar un párrafo que recalca la importancia de las grandes y pequeñas cosas de la vida. Habla el personaje entrañable de Efrén Herreros, y dice: En el fondo la vida debería ser la celebración de una fiesta. Debería ser probada, y no únicamente en el gran trance sino en las cosas mínimas que de pronto lo alegraban: El grano de pimienta en la comida, la astilla de canela en un gran postre, el

bizcocho revestido con azúcar fina, la mistela de los sábados o las confituras de guayaba y cidra que le traía Zoraida a Gabriela, la panellilla de leche y coco, jalea negra blanqueada en horqueta de naranjo clavada en un pilar de la cocina.

Bueno, los pequeños actos, los pequeños detalles, yo sigo creyendo que siguen siendo muy importantes en la literatura, en la vida. Para mí ha sido indispensable una sonrisa, un gesto de perdón, modifican la vida de los actos en los personajes. También alguien dijo hace muchos años que la importancia está en el detalle. Yo creo que saber el detalle oportuno que modifica una conducta humana debe ser tenido en cuenta en las grandes cosas, porque las grandes cosas están hechas a base de pequeños impulsos, de pequeñas insinuaciones, de pequeñas frases, de pequeños aprendizajes. Una conducta con la que se pasa de Pablo a Saulo ¿con el relámpago?, no. En el camino de Damasco hay cosas que de pronto crean una conciencia para uno volver al camino de antes, rectificar el que se está llevando o confirmarlo. Yo recuerdo cuando hacían la jalea de pata de res en mi casa. Nosotros traíamos de las huertas, que habían varias, un gajo de naranjo o una horqueta de guayaba porque eran las más finas. Recuerdo que Agripina, una negra que era misteriosa y rezaba a los poderes ocultos y decían que era bruja en algunas noches de luna. Era muy querida. A ella se pidió blanquear la jalea. Hay que revolverla mucho con toda la horqueta y recuerdo que al otro día a mi padre le tocó en una de las jaleas que había hecho ella un anillo de oro que ella mantenía, porque ella y sus hermanos los usaban. En el río San Juan, que era muy rico en oro, lavaban la arena como las barequeras que pinta Pedro nel Gómez y que describe Carrasquilla, tenían el orgullo de ser mulatas, de ser negras, de ser mestizas.

Cuando mi abuelo murió los indios lo llevaron cargado de la salina del río San Juan hasta Jardín en unas andas. Yo hablaba con Salvador Panchi que era el cacique. Mi padre hablaba el idioma. Los indios morían de risa cuando pasábamos nosotros a caballo desde Andes por Cristianía, que eso pertenece a Jardín hacia el pueblo, hacia la finca nuestra ... Bueno, los detalles de la historia. Uno puede inventar muchas historias, pero las historias que le han ocurrido a uno son tan fabulosas

como las de la imaginación. Estoy escribiendo las nuevas historias de Balandú, que es una nueva serie de cuentos. Ya van como ochenta o cien, no se. De "Las Noches de la Vigilia" yo invento cosas, pero con la condición de que lo ya inventado por la realidad supera a mi esfuerzo Imaginario.

P.: Manuel, los personajes de esta novela son gente con vida propia. Todos ellos actúan como dices, que muchas veces llevan su destino en sus alforjas. Pero ahí en tu gran libro hay nombres, hay animales, inclusive en el libro aparecen con otra letra distinta.

Por qué no nos cuenta algo de esos animales, si fueron animales que tuviste en tu casa paterna o algo por el estilo.

M.M.V.: Algún día estábamos con Miguel Angel Asturias en Guatemala. Le tomaron varios reportajes y después los reprodujeron cuando ganó el Nobel. Era muy amigo, iba con frecuencia a su casa con Paco Méndez. Con David Vela, que estuvo aquí hablando sobre Barba Jacob, y entonces hablábamos de animales. Hablaba de Barrabacho, de Terrible, de los viejos perros, hablaba de la Gitana, una mula, la mula más bella (yo le rindo homenaje en varias partes) hablaba del turplal que cuidaba mi tía, mi madrina de bautismo, Anita Mejía, protagonista de esta obra.

Me decía mi hermano Alfonso, que estaba en Jericó cuando ella murió y que hacía un mes y medio, aproximadamente, se había volado el turplal de la jaula. En el instante en que Anita murió oyeron cantar el turplal en la jaula; Volvió él solo allá, y esto es cierto, porque hay muchos testimonios sobre eso. Yo tengo una serie de historias de animales conmovedoras, en mi obra reitera un remordimiento de los más grandes míos, una vez que maté un turplal: Interrumpí el canto con el disparo de una escopeta hecha por mí, y en mí sigue cantando de día y de noche ese turplal con su rostro agonizante, y se pegó, no se cayó del siete cueros. Se quedó pegado por instinto con las manitas. Yo tuve que sacarlo de ahí y lo lleve llorando a mi padre. Yo maté ese turplal. Nunca más ni dejo que maten, no, ni he vuelto entonces. A uno lo conmueven mucho los animales, tanto como las personas. Yo creo que son de igual importancia en el recuerdo, sí, en toda mi obra, los animales: Perros, caballos, pájaros.

P.: Manuel hay una cosa muy importante en la novela y es la forma como Efrén y su novia Isabel se entienden a través del lenguaje de las flores y el catálogo de las viandas. Son pequeñísimos detalles pero que apasionan mucho por las cartas misteriosas, llamemoslas así, que ellos se pasaban.

M.M.V.: Sí, pero es muy conocido el diccionario de las flores y muchas veces desde los balcones en los pueblos se entendían con los novios, pretendientes que podían ser el amasador, el dueño de la cantina, el ricachón del pueblo, el hijo del rico o el vicioso de pueblo, y se entendían desde las calles por muy lejos por gestos. Hay lenguaje de las manos, un lenguaje con el abanico, un lenguaje con el pañuelo ... entonces en silencio, se decían te quiero mucho, te espero a las cinco, no me olvides nunca y traducían esas frases en ese lenguaje de los gestos de las actitudes. En las plantas también tenían eso ¿no cierto?: Un gajo de roble, una palmita, un clavel, una rosa, dejadas al disimulo, y nadie se enteraba, porque en ese entonces las mujeres eran muy cuidadas, demasiado cuidadas por los padres, por las madres y por los hermanos. Entonces la única forma de entenderse era en base en el idioma de las palabras, de las flores, de las viandas. Unos duraznos, digamos, querían decir una declaración de amor. Tenían un idioma especial que ellas captaban, entonces en esa inmensa soledad de los pueblos en ese aislamiento obligado por los sacerdotes, porque vigilaba las buenas costumbres, eran parte del aburrimiento de la aldea. Entonces ellos se entretenían un poco mediante ese lenguaje en que desde un balcón lejano y el tipo en la puerta de una cantina, decía te quiero mucho, no me olvides nunca, te aguardo en misa, estaré a la entrada de la iglesia, y se entregaban boletitas, se entregaban cosas. Pasaban años y años, 25 ó 30, de amores secretos.

P.: Hablemos un poquito, Manuel sobre los grandes amores en su novela. Yo tengo la impresión de que estos amores son en parte amores imposibles, irrealizables. Por ejemplo, el amor de Zoraida y Madardo es un amor que queda por ahí en el aire. Uno presiente que se siguen amando en medio de la distancia. El regreso de Medardo es un regreso que produce más escozor que cualquier otra cosa, el amor de Isabel, la joven fresca, tan bella, con Efrén que es ya un hombre entrado en años;

el amor imposible, las ilusiones rotas de Evangelina con José Aníbal. Cuéntenos un poco más sobre sus ideas, sobre el amor.

M.M.V.: En alguna de mis décimas yo digo mamando gallo, yo por ella pensándolo varias veces **"El amor eterno dura mas o menos cuatro meses"**. En nuestra historia parroquial, esperaron 27 años porque los papás prohibieron que se entendieran y ellos seguían hablándose del póstigo del balcón a la otra cuadra y media. Muy distantes se entendían por señas con el pañuelito, con el ademán. Entonces en alguna ocasión en las idas a misa de cinco, misa de alba que llamamos, se entendían.

Entonces se prometieron que guardarían fidelidad permanente y que solamente se unirían cuando los padres murieran, y cuando los padres murieron se casaron después de 27 años de amor oculto, esto es verdad. El era cantante y él tocaba flauta, él era músico, un tipo de lo más culto del pueblo, y así fue esa gente, para mí absolutamente hermosa. Son anacronismos. Yo no sé. Yo por eso creo que el amor también tiene unas vinculaciones con la eternidad que desafiaría a cualquier sitio de divorcios ¿no?, yo creo que sí.

Ahora bien el amor de Zoraida por Medardo. Zoraida estaba capacitada para un amor permanente, Medardo en cambio era el bohemio, el rico, el sinvergüenza, el artista que estaba capacitado únicamente para la aventura pasajera; después se dió cuenta de su error, pero el conocimiento está hecho a base de destruir pequeños errores, y él entendió muy tarde el desperdicio, lo bello que la vida le ofreció al no seguir con Zoraida, el amor de Efrén Herreros por Isabel. Yo también he creído mucho que uno pude envejecer coger canas, coger manías, y volverse casi inútil, pero en amor el ser humano siempre es joven. Y yo creo que el derecho a crecer interiormente, espiritualmente, con el destino de una persona que valga la pena. A mí me ha tocado en la vida. La mujer es inteligente y nos dice una cantidad de cosas cuando uno cree que uno ya no sirve.

Hay otro tipo de amores como Francisco con la adolescente y es bonito eso, inclusive figura en María de Isaac, yo le rindo homenaje permanentemente porque me parece una de las grandes novelas del mundo. Tantos amores, por ejemplo que estaba más patéticamente

escritos en **"Tarde de Verano"**, en el pueblo que es Jardín-Balandú.

No creas que hay que esculcar mucho para escribir obras. Basta con uno recordar las personas que estuvieron cerca. Lo que pasa es que la gente es tan, tan bandida, digamos, tan insolente, tan soberbia que no mira, que mira sobre el hombro y nunca sabe que personajes pasaron por su lado. Yo se que a un crítico de aquí de Colombia pasa por su lado Cervantes y le mete al Quijote y sigue tan campante y se burla de él ¿no cierto? Entonces el novelista tiene que estar muy atento a la gente que está al lado de uno, a los fenómenos que ocurren, a la vida que transcurre, a un terremoto, a un acto social, a una piñata, a una primera comunión, a un matrimonio, a una misa solemne, todo eso es importante y van haciendo la vida cotidiana, un día tras otro día que hace la vida, según lo asevera Aurelio Arturo ¿no?

P.: Yo quisiera preguntarle, Manuel, cuando don Mariano se sentó a esperar la muerte, que la muerte vino tarde y lo encontró tan apático que no se animó a llevárselo, y lo dejó en un sillón esperando, yo quisiera, Manuel, que tú nos contaras algo sobre la actitud tuya frente a la vida, frente a la muerte, que se ve tanto en tu novela.

M.M.V.: Bueno, yo sigo pensando con la mayoría de la gente que ha pensado sobre estos fenómenos, que la vida y la muerte son los mismos sitios, se juntan como una pelota, no, como la luna que está del lado invisible. La luna esta ahí, y la luna de aquí que se ve y al otro lado de la luna que no se ve, son lo mismo, son una misma entidad. Yo creo que la vida y muerte son exactamente la misma cosa y yo por eso tal vez no me desespero frente a la muerte, la muerte llega a ser el cúmulo de experiencias que se han vivido y yo creo que uno tiene que merecer morir, porque morirse bobamente sin llevar nada a ese caos terrible de desaparecer ... Yo creo que uno tiene que llevar algo y tener conciencia de la muerte y tener conciencia de la muerte de estar muy vivo y no pensar que la vida se muere cuando a uno lo hieren, cuando a uno le quitan un brazo o un pie o un ojo, no. La vida sigue a la vida nos canta siempre al lado. Lo que pasa es que el hombre es un petulante y el hombre cree que todo se lo merece, pero a mí me parece que uno debe aguantarse las vainas.

Frente a la muerte he estado muy cerca, porque una vez me iba a suicidar. Por fortuna no lo hice. Fernando González dijo una frase muy linda, eso me contuvo en parte, ¿para qué suicidarme?, si la vida sigue viva ¿no? Yo si solamente quedaran de los tantos sentidos, (¿quien dice que cinco?) ¡son como ocho! un solo sentido, motivaría el hecho de seguir viviendo. Yo creo eso y por eso tal vez yo soy menos viejo que los demás, yo tengo 65 años y a mí no me ganan estar delante de las cosas nuevas que existen, no me gana en el asombro permanente de uno frente a las cosas y

preguntarse eternamente dónde esta Dios, qué pasó con esto, y saber uno que nunca podrá saber nada, nada de las cosas grandes y sentirse uno pequeño, pero pequeño con una mira, pequeño con un pensamiento pequeño, con una posibilidad de resurrección, de permanencia en las cosas. Yo creo que con eso basta.

Nota: Las preguntas y algunas respuestas se editaron tratando, de todos modos, de conservar su carácter de conversación.